

DE QUÉ VIVE EL HOMBRE

3º-12º

I

Un zapatero llamado Simion, que no tenía ni casa ni tierra de su propiedad, vivía con su esposa y sus hijos en una cabaña de campesino y se ganaba la vida con su trabajo. El trabajo era barato pero el pan caro y lo que él ganaba lo gastaba en comida. El hombre y su mujer no tenían sino un solo abrigo de piel de borrego para usarlo los dos durante el invierno e inclusive dicho abrigo estaba todo rasgado y raído y este era ya el segundo año en el que habían estado deseando comprar pieles de borrego para un nuevo abrigo. Antes de la llegada del invierno, Simón había ahorrado un poco de dinero: un billete de tres rublos yacía escondido en la caja de su mujer y clientes del pueblo le debían cinco rublos y veinte centavos.

Así que una mañana se preparó para ir al pueblo a comprar las pieles de borrego. Se puso sobre la camisa el saco de tela de su esposa y sobre él se puso su propio abrigo de tela. Puso el billete de tres rublos en su bolsillo, cortó una vara a la manera de bastón y salió después del desayuno.

-"Voy a recoger los cinco rublos que me deben", pensó. "Y con los tres que ya tengo tendré bastante para comprar pieles de borrego para el abrigo de invierno".

Llegó al pueblo y tocó en la cabaña de un campesino, pero el hombre no estaba en casa. La esposa del campesino le prometió que se le pagaría el dinero la siguiente semana, pero que ella por cuenta propia no se lo pagaría. Simion fue entonces a ver a otro campesino, pero éste le juró que no tenía nada de dinero y ofrecía pagar únicamente veinte céntimos que debía por un par de zapatos que Simion había reparado. Simion intentó entonces comprar de fiado las pieles de borrego, pero el comerciante no le tuvo confianza.

-"Trae primero el dinero", le dijo, "y entonces podrás llevarte las pieles. Todos sabemos lo que es estar cobrando deudas"

De modo que todo el negocio que el zapatero logró hacer fue obtener veinte céntimos por las botas que había reparado y llevarse un par de botas de fieltro que un campesino le dio para que le pusiera suelas de cuero.

Simion se sintió desolado. Se gastó los veinte céntimos en vodka y se encaminó hacia su casa sin haber comprado las pieles. Por la mañana había sentido la escarcha; pero ahora,

después de haber bebido vodka, sentía calor inclusive sin un abrigo de piel de borrego. Recorrió con dificultad el camino, golpeando con su bastón la tierra congelada, meciendo las botas de fieltro con la otra mano y hablándose a sí mismo.

-“Tengo calor”, se dijo, “aunque no tenga ningún abrigo de piel de borrego. Me tomé unas gotas de licor y estas recorren todas mis venas. No necesito pieles de borrego. Sigo igual, no necesito preocuparme por nada. Esa es la clase de persona que yo soy! ¿Qué me importa? Puedo vivir sin pieles de borrego. No las necesito. De seguro que mi esposa se va a irritar. Y a decir verdad ... es una vergüenza!; uno trabaja todo el día y luego no le pagan. Pero basta! Si no me pagas el dinero te aseguro que yo te degüello, que me muera si no! ¿Cómo es eso? El paga veinte céntimos cada vez! ¿Qué puedo hacer con veinte céntimos? Bebérmelas - eso es todo lo que se puede hacer. No tengo nada, dice! Puede ser, pero ¿qué pasa conmigo? Tu tienes una casa, ganado y todo; yo sólo tengo lo que llevo puesto! Tu tienes granos de tu propia cosecha, yo tengo que comprar cada grano. Haga lo que haga, tengo que gastar tres rublos por semana solamente en pan. Llego a mi casa y encuentro que ya se acabó el pan y tengo que soltar otro rublo y medio. Así que paga simplemente lo que debes y basta de tonterías.’

Para entonces ya casi había llegado al santuario ubicado al borde de la carretera. Al levantar la vista, vio algo blancuzco detrás del santuario. La luz del día se desvanecía y el zapatero clavó la mirada sin poder determinar de qué se trataba. No había ninguna piedra blanca aquí antes. ¿Será una res? No parece una res. Tiene una cabeza como la de un hombre, pero es demasiado blanca; ¿y qué podría estar haciendo un hombre allí?’ Se acercó de modo que la cosa resultaba ya claramente visible. Para su sorpresa, se trataba realmente de un hombre, vivo o muerto, sentado y desnudo, acostado sin moverse sobre el santuario. El terror se apoderó del zapatero y pensó:

-‘Alguien lo mató, lo desplumó y lo dejó allí. Si me entrometo en esto, de seguro que voy a tener problemas’.

El zapatero entonces se fue. Pasó frente al sepulcro de modo que no podía ver al hombre. Cuando ya había avanzado un poco, volvió la mirada y vio que el hombre ya no estaba acostado sobre el sepulcro, sino que se movía como si estuviera dirigiendo su mirada hacia él. El zapatero sintió más miedo que antes y pensó:

-“¿Me vuelvo hacia él o sigo mi camino? Si me acerco algo espantoso puede suceder. Quién sabe quién será este sujeto! No vino aquí para nada bueno. Si me acerco se me puede echar encima y estrangularme, y no habrá modo de que escape. Y si no, será de todos modos un

peso para mi ¿Qué puedo hacer por él? No le puedo dar mis últimas ropas. El cielo me asista para escapar!"

El zapatero entonces se volvió apresuradamente, dejando el santuario detrás de él cuando de pronto le remordió la conciencia y se detuvo en la carretera.

-"¿Qué estás haciendo, Simion?", se dijo. -"Ese hombre puede estar muriéndose por no tener nada y tu huyes asustado. ¿Eres tan rico acaso que tienes miedo de los ladrones? Ay!, Simion, qué vergüenza!"

Y entonces se dio la vuelta y se encaminó hacia el hombre.

II

Simion se acercó al forastero, lo miró y vio que era un joven, en buen estado físico, sin daños en el cuerpo pero que evidentemente estaba congelándose y espantado, y que se había sentado allí, recargándose en la pared, sin mirar hacia arriba para ver a Simion, como si estuviera demasiado débil para levantar los ojos. Simion se acercó a él y entonces el hombre pareció despertarse. Volteando su cabeza, abrió sus ojos y examinó la cara de Simion. Esa sola mirada bastó para que Simion sintiera afecto por el hombre. Tiró las botas de fieltro al suelo, se quitó su cinturón, lo dejó sobre las botas y se quitó su abrigo de tela.

-"No es hora de hablar", dijo.

-"Vamos, ponte de inmediato este abrigo!"

Y Simion tomó al hombre por los brazos y lo ayudó a levantarse. Mientras se sostenía, Simón vio que su cuerpo estaba limpio y en buenas condiciones, sus manos y pies bien proporcionados y su cara buena y amable. Puso su abrigo sobre los hombros del hombre, pero éste no podía encontrar las mangas. Simón guio sus brazos hacia ellas y poniéndole bien el abrigo lo arropó con fuerza, apretando su cinturón en la talla del hombre. Simion inclusive se quitó su gorra agujereada para ponerla en la cabeza del hombre aquel, pero entonces sintió frío en su propia cabeza y pensó:

-"Yo soy calvo, mientras que él tiene largos cabellos rizados". Se volvió entonces a poner su gorra.

-"Será mejor darle algo para sus pies", pensó; y entonces hizo que el hombre se sentara y le ayudó a ponerse las botas.

-"Eso es, amigo, ahora muévete para que te calientes. Después arreglaremos otros asuntos. ¿Puedes caminar?"

El hombre se levantó y miró gentilmente a Simion, pero no podía decir ni una

palabra.

-¿Por qué no hablas? dijo Simion. *Hace demasiado frio para quedarse aquí, tenemos que irnos a casa. Ten, toma mi bastón y si te sientes débil apóyate en él. Ahora, adelante!"

El hombre empezó a caminar y se movió con facilidad, sin retrasarse. Mientras avanzaban, Simion le preguntó: -"¿De dónde eres?

-*"No soy de esta región"*

-*"Así lo pensé. Conozco a la gente de por aquí. Pero ¿cómo fue que llegaste hasta el*

-*"No puedo decirlo"*

-*"¿Te maltrataron?"*

-*"Nadie me maltrató. Dios me castigó"*

-*"Desde luego que Dios manda en todo. Pero de todos modos tendrás que encontrar comida y un lugar donde guarecerte. ¿Adónde quieres ir?"*

-*"Me da lo mismo"*

Simion estaba asombrado. El hombre no hablaba como los maliciosos, sino dulcemente y, sin embargo, no dio ninguna información acerca de sí mismo. Simion pensó

-*"¿Quién sabe qué habrá pasado?"*. Y le dijo al extranjero:

-*"Bueno, entonces ven a mi casa y por lo menos te calentarás un poco"*

Simion caminó así hacia su casa y el extraño se mantuvo junto a él, caminando a su lado. El viento arreció y Simion sintió frío debajo de su camisa. Para entonces ya se le había pasado su borrachera y estaba empezando a sentir la helada. Siguió caminando jadeando y apretando el abrigo de su mujer a su cuerpo y pensó para sí:

-*"Eso es - háblame de pieles de cordero! Salí para buscar pieles de cordero y regreso a casa sin ni siquiera un abrigo en mi espalda y, lo que es peor, traigo un tipo desnudo. No le va a gustar nada a Matriona!"*

Y cuando pensó en su mujer se sintió triste; pero cuando miraba al forastero y recordaba cómo éste lo había visto allí en el santuario, su corazón estaba contento.

III

Ese día la esposa de Simion tenía todo listo desde muy temprano. Había cortado leña, traído agua, dado de comer a los niños, había comido su propia comida y se había luego puesto a pensar. Se preguntaba cuándo debería cocer más pan, si en ese momento o al día siguiente. Quedaba todavía un pedazo grande.

-“Si Simion comió algo en el pueblo”, pensó, “y no cena mucho quedara pan para otro día”

Pesó una y otra vez el pedazo de pan y caviló:

-“Ya no haré más el día de hoy. Tenemos harina sólo para un pedazo más. Nos las arreglaremos para que dure hasta el vienes”

De este modo, Matriona apartó el pan y se sentó a la mesa para remendar la camisa de su esposo. Mientras trabajaba, pensaba cómo estaría su marido comprando las pieles para el abrigo de invierno.

-“Con tal de que el comerciante no lo engañe. El bonachón de mi esposo es demasiado simple; él no le haría trampa a nadie, pero a él cualquier niño lo engaña. Ocho rublos es mucho dinero, a ese precio debería conseguir un buen abrigo. No uno de piel curtida, sino un buen abrigo de invierno. Qué duro resultó el invierno pasado sin un abrigo caliente. No podía ni bajar al río ni ir a ningún lado. Cuando él salía se ponía todo lo que teníamos, pero ya no quedaba nada para mí. No se fue hoy muy temprano, pero ya es hora de que estuviera de vuelta. Espero que no se haya ido de juerga!”

Apenas Matriona había pensado esto, se oyeron pasos en el umbral de la casa y alguien entró. Matriona dejó su aguja en lo que estaba haciendo y salió al pasillo. Allí vio a dos hombres: a Simion y con él a un hombre sin gorro y con unas botas de fieltro puestas. Matriona se dio cuenta de inmediato de que su esposo olía a alcohol.

-“Efectivamente”, pensó, “estuvo bebiendo”. Y cuando vio que no llevaba puesto ningún abrigo, que sólo tenía su saco, que no traía consigo ningún paquete, que estaba parado allí en silencio y que parecía avergonzarse, el corazón se le oprimió.

-“Se bebió el dinero”, pensó, “y se fue de parranda con un amigo que ahora trae a la casa”.

Matriona los dejó pasar, los siguió y vio que el forastero era un joven delgado y que llevaba puesto el abrigo de su esposo. No se veía ninguna camisa debajo del abrigo y no tenía gorro. Una vez que entró, se quedó de pie sin moverse y sin levantar la mirada, y

Matriona pensó:

-“Debe de ser un mal hombre, tiene miedo”

Matriona frunció el cejo y se paró junto a la estufa esperando a ver qué harían.

Simion se quitó su gorro y se sentó en el banco como si todo estuviera perfectamente en orden

-“Vamos, Matriona, si la cena ya esta lista, sírvenosla!”

Matriona murmuró algo para sus adentros y no se movió, sino que se quedó donde estaba, junto a la estufa. Vio primero a uno y luego al otro y sólo movió la cabeza. Simion se percató de que su esposa estaba anonadada, pero trató de hacer caso omiso de ello. Haciendo como que no se daba cuenta de nada, tomó al forastero del brazo.

-“Siéntate, amigo”, le dijo, “vamos a cenar algo”

El forastero se sentó en el banco.

-“¿No has cocinado nada para nosotros?”, preguntó Simion.

La furia de Matriona estalló.

-“He cocinado, pero no para ti. Me da la impresión de que te bebiste tu seso. Te fuiste a comprar un abrigo de piel de borrego y vuelves sin siquiera el abrigo que llevabas puesto, y de paso traes a la casa a un vagabundo desnudo. No tengo cena para borrachos como tú”.

-“¡Ya basta, Matriona. Mantén la lengua tranquila! ¡Harías mejor en preguntar qué clase de hombre...!”

-“¿Me vas a decir qué hiciste con el dinero?”.

Simion hurgó en el bolsillo de su saco, sacó el billete de tres rublos y lo desdobló.

-“Aquí está el dinero. Trignov no pagó, pero promete hacerlo pronto”

Matriona se enojó aún más; no había traído ninguna piel de borrego, pero en cambio sí le había dado su único abrigo a un sujeto desnudo e inclusive lo había traído a su casa. De mala gana recogió el billete que estaba sobre la mesa, para ponerlo a salvo, dijo:

-“No tengo cena para ustedes. No podemos estar alimentando a todos los borrachos desnudos del mundo”

-“Ya está bien, Matriona, controla tu lengua. Primero oye lo que este hombre tiene que decir!”

-“Mucha sabiduría no escucharé de los labios de un borracho. Tenía razón en no querer casarme contigo - un borracho. La mantelería y la ropa que mi madre me dio te la bebiste; y ahora acabas de ir a comprar un abrigo y también te lo bebes!”

Simion trató de explicarle a su esposa que sólo se había gastado veinte céntimos;

intento decirle cómo había encontrado al sujeto - pero Matriona no estaba dispuesta a dejarle decir una sola palabra. Hablaba como papagayo y traía a colación cosas que habían sucedido hacía doce años.

Matriona habló y habló y por último se abalanzó sobre Simion y lo agarró por la manga.

-“Dame mi saco. Es el único que tengo y ahora, claro, sientes que necesitas quitármelo y ponértelo tu. Dámelo, perro sarnoso y que te lleve el diablo”.

Simion se quitó el saco y empezó a darle la vuelta a una de las mangas. Matriona le arrebató el saco y rasgó una costura. Rápidamente lo tomó, se lo tiró a la cabeza y se fue hacia la puerta. Su primera intención había sido la de irse, pero se detuvo indecisa; quería dar rienda suelta a su coraje, pero también quería enterarse de qué clase de hombre era el forastero.

IV

Matriona se detuvo y dijo: *-“Si fuera un buen hombre no estaría desnudo. Digo, no tiene puesta ni la camisa. Si fuera correcto, podría decir de dónde viene”*

-“Eso es precisamente lo que estoy tratando de decirte, dijo Simion.

-“Cuando llegué a la iglesia lo vi allí completamente desnudo y congelándose. ¡No es precisamente el lugar para sentarse desnudo! Dios me envió a él porque de lo contrario él habría muerto. ¿Qué se suponía que tenía que hacer? Lo recogí, lo cubrí y lo traje conmigo. No te enojas, Matriona. No es un pecado. Recuerda, todos tenemos que morir algún día. Palabras airadas querían brotar de los labios de Matriona, pero ella miró al forastero y permaneció en silencio. Este se sentó al borde del banco, inmóvil, con las manos apoyadas en las rodillas, la cabeza pegada al pecho, los ojos cerrados y el entrecejo fruncido, como si algo le doliera. Matriona guardaba silencio y entonces Simion dijo:

-“Matriona ... ¿no sientes amor por Dios?”

Matriona oyó esas palabras y, al ver al forastero, de pronto su corazón se conmovió por él. Avanzó desde la puerta y, yendo hacia la estufa, sacó la cena. Puso una taza en la mesa y vertió un poco de kwas. Luego trajo el último pedazo de pan y puso un cuchillo y cucharas.

-“Come, si quieres”, dijo ella.

Simion llevó al forastero hasta la mesa.

-“Ocupa tu lugar, muchacho”, dijo.

Simion cortó el pan, lo echó en la sopa y empezaron a comer. Matriona se sentó en la esquina, la cabeza apoyada sobre las manos y se puso a mirar al forastero.

Y Matriona se llenó de piedad por el forastero y empezó a sentir afecto por él. Y de inmediato la cara del forastero se iluminó; sus cejas ya no estaban arrugadas, levantó los ojos y se sonrió con Matriona. Cuando terminaron de cenar, la mujer levantó la mesa y empezó a interrogar al forastero.

-“¿De dónde eres?”, le preguntó.

-“No soy de estas regiones”

-¿Pero cómo fue que llegaste a la carretera?”

-No puedo decirlo”

¿Le robaste algo a alguien?”

-“Dios me castigo”

-¿Y estabas allí desnudo?”

-“Si, desnudo y congelándome. Simion me vio y se apiadó de mí. Se quitó su abrigo, me lo puso y me trajo aquí. Y tú me diste de comer, me diste de beber y te apiadaste de mi. Dios te lo pague!”

Matriona se levantó, tomó de la ventana la camisa vieja de Simion que había estado remendando y se la dio al forastero. Sacó también unos pantalones para él.

-“Eso es”, dijo. “Veo que no tienes camisa. Ponte esto y descansa en donde quieras, en el desván o cerca de la estufa”

El forastero se quitó el abrigo, se puso la camisa y se dejó caer en el desván. Matriona apagó la vela, tomó el abrigo y se arrimó a su esposo, junto a la estufa.

Matriona recogió el saco y se recostó, pero no pudo dormir. No podía dejar de pensar en el forastero.

Cuando se acordaba de que él se había comido su último pedazo de pan y que no había nada para el día siguiente y de la camisa y los pantalones que había regalado, se sentía ofendida; pero cuando recordaba cómo le había sonreído, su corazón estaba contento.

Mucho tiempo estuvo Matriona despierta y se dio cuenta de que Simion también estaba despierto. Él jaló sobre sí el abrigo.

Aportación de Julia Méndez